
Tierra de mujeres. Una mirada íntima y familiar al mundo rural,

María Sánchez

183

Monica Di Donato

Cristianismo de liberación. Perspectivas marxistas y ecosocialistas,

Michael Löwy

185

Santiago Álvarez Cantalapiedra

Ecoanimal. Una estética plurisensorial, ecologista y animalista,

Marta Tafalla

188

Mara Nieto González

Libros

TIERRA DE MUJERES. UNA MIRADA ÍNTIMA Y FAMILIAR AL MUNDO RURAL

María Sánchez

Seix Barral, Barcelona, 2019

185 págs.

Tierra de mujeres es un libro que deja un testimonio importante en el debate sobre feminismo y literatura rural, a través de una narrativa fresca, sincera, llena de voz propia. Un ensayo literario que, a veces, deslumbra y, a veces, conmueve por su autenticidad. Tierra de mujeres ofrece una mirada autobiográfica que mezcla cuentos e imágenes familiares con apuntes e intereses específicos propios de una veterinaria de campo, nacida en el campo, vinculada a un mundo rural en el que trabaja y, sobre todo, al que ama y respeta profundamente, pero no acriticamente. En ese sentido, la autora siempre hace uso de una narrativa y una visión real sobre y de la vida rural, alejándose de estereotipos y relatos bucólicos o idealizados del campo.

El libro está estructurado en dos partes. Si en la segunda se divulga sobre la cultura vinculada al campo a través de recuerdos de la infancia, de personas queridas, que se entremezclan con una descripción precisa y detallista de paisajes, ambientes agrestes, entornos domésticos, los ejes que claramente conforman la primera parte, quizás más “política”, giran alrededor de las reflexiones sobre feminismo en el mundo rural (un feminismo de «hermanas que cuidan la tierra», tal y como aparece en el libro) y de la problemática de la España vaciada y olvidada, llena de gente obviada por “sujetos postdomésticos” que viven en las ciudades y para los cuales el campo y su gente ni entra ni se contempla en su día a día.

María Sánchez reflexiona en el libro sobre la necesidad de un feminismo rural en el que todas se sientan acompañadas, en el que no cabe sentirse inferior las unas a las otras. Al mismo tiempo reflexiona sobre la última y multitudinaria

huelga feminista, y denuncia, con dolor, precisamente la ausencia de esas mujeres rurales. ¿Es el mundo rural, entonces, el gran olvidado también del feminismo que teoriza las luchas y describe los sujetos desde los núcleos urbanos? ¿Y en qué términos?

Según las estadísticas oficiales, el medio rural se caracteriza por la masculinización de la actividad y la feminización de la inactividad laboral, y, en ese sentido, el grado de ruralidad acentúa esa brecha de género, que es mayor en las zonas rurales que en las urbanas. Así, la invisibilización de la perspectiva de género en el medio rural aparece como una forma de “violencia”, que conlleva la exclusión de las mujeres del poder de tomar decisiones. Además, la escasa o inadecuada presencia de servicios externos y profesionales de apoyo en el medio rural, como guarderías, centros de día, buenas carreteras, centros de salud, etc., así como la falta de adaptación a los ritmos y medios propios de este, hace que la mujer siga reproduciendo, oscilando entre la costumbre y la obligación, el rol de cuidadora (cuidan mayores, tienen niños, gestionan la comunidad, etc.). Así, en el medio rural pesan unos valores, prejuicios, vínculos, relaciones, responsabilidades, que no pesan de igual manera en el medio urbano.

«Lo radical y lo realmente innovador sucede en nuestros márgenes», escribe la autora en las primeras páginas del libro, en una de las frases que, desde mi punto de vista, podría ser un excelente resumen del mensaje del libro. El feminismo existe en nuestro medio rural, y la frase a las que nos referíamos es casi una tentativa resumida de dar voz a esos feminismos y a esas mujeres invisibilizadas en territorios desiguales desde la dimensión de género.

Lazos nuevos, tejidos que se crean, proyectos rompedores, ideas maravillosas, asociaciones, colectivos... y las que están detrás de todas estas iniciativas, en la mayoría de los casos, son mujeres que quieren voz y espacio para reivindicar lo que hacen. Es de justicia valorar el esfuerzo de todas esas mujeres anónimas. María Sánchez escribe desde los márgenes

nes, pero tiene voz y espacio para reivindicar lo que hace y aquello en lo que cree, a diferencia de aquellas mujeres cuyas voces parecían estar en silencio, pero que nunca lo estuvieron realmente, siendo el sostén fundamental del discorrir de la vida. En ese sentido, me parecen especiales aquellas páginas donde la autora describe las manos de esas mujeres, manos que trabajaban las tierras, manos que cuidaban las personas, manos que acariciaban rostros, que elaboraban alimentos, manos que, en definitiva, reflejan una historia de vínculos y de tierra. También es especial y cercana la sensación que provoca la lectura de las páginas donde la autora describe las fotografías familiares, olvidadas dentro de cajas o escondidas en un rincón de una vieja estantería, con ese miedo a perder un recuerdo, un instante que se perpetúa ya sólo a través de esos retratos.

En definitiva, se puede decir que el feminismo de María Sánchez mantiene importantes conexiones con el ecofeminismo, que denuncia la explotación y la degradación del mundo natural, así como la subordinación y la opresión de las mujeres, y que plantea cambiar esas relaciones depredadoras que desconocen los vínculos y dependencia de la naturaleza y la importancia de los cuidados, a pesar de que son indispensables para la supervivencia humana, y que, por el contrario, apuesta por una propuesta emancipadora de transformación social. El relato de *Tierra de mujeres* es íntimamente ecofeminista porque en cada página se habla del amor hacia la tierra, de mujeres productoras, agricultoras, cuidadoras de la salud, transformadoras, amantes de los pueblos y de nuestros entornos naturales, mujeres “hacedoras de todo”.

En la declaración de las mujeres por la Soberanía Alimentaria de La Vía Campesina de Nyéleni, se lee que «las mujeres son creadoras históricas de conocimientos en agricultura y en alimentación, continúan produciendo hasta el 80% de los alimentos en los países más pobres y actualmente son las principales guardianas de la biodiversidad y de las semillas, pero son las más afectadas por las políticas neoliberales y

sexistas». Eso es, como diría la autora, «vivir a costa de nuestros márgenes», que son el sustento y ecosistema de una parte importante de la población, que proveen de alimento, oxígeno y raíces a la ciudad.

Detrás de esta mirada crítica se esconde también, tal y como decíamos antes, la preocupación por el problema de la despoblación y el vaciado del mundo rural, un proceso histórico, social y político que ahonda sus raíces en el régimen fascista español, y que supuso concentrar la población en las principales ciudades y el litoral, creando industrias en los núcleos urbanos, y promoviendo un modelo de turismo muy intensivo en recursos en la costa mediterránea, y además cambiando la agricultura campesina por una industrial muy mecanizada, basada en fertilizantes y pesticidas químicos.

De esa manera empezó a hacerse visible, cada vez más, ese gran flujo de gente, sobre todo jóvenes, que abandonaba los pueblos hacia las ciudades, vaciando territorios llenos de vida, de materialidad y de espiritualidad, y profundizando en las desigualdades socioeconómicas y en las polarizaciones espaciales. En las páginas del libro que nos ocupa late también toda la tristeza en pensar en todo el desafecto y desarraigo que estos procesos de abandono rural han causado hacia los pueblos. Pero si esto es cierto, también lo es la llamada a un reencuentro con lo rural que no sea “de los fines de semana”, que nos sea de búsqueda de diversión o de un turismo alternativo. Como subraya la autora, hace falta una mirada más profunda y afectuosa con quienes han sido y siguen siendo imprescindibles para el mantenimiento de ese mundo rural que quiere reconstruir las relaciones y los cuidados con y hacia la naturaleza.

Sabemos que sin ríos limpios, sin bosques vivos, sin ganado pastando en los prados, sin tierra libres de agrotóxicos, sin personas que cuidan las casas y los pueblos, etc., sin todo esto no es posible un futuro digno y saludable ni para el mundo rural ni para las ciudades, que cada vez más viven de espaldas a ese flujo de vida que las alimenta.

Así, en ese libro, sencillamente, María Sánchez nos recuerda que, si no cuidamos a nuestros ecosistemas y a las personas que de diferentes maneras viven en ellos, será nuestra irresponsabilidad ciega y sorda la que nos sentencie a una supervivencia difícil y conflictiva en la Tierra.

«Quiero que este libro se convierta en una tierra donde poder asentarnos todos y encontrar el idioma común. Una tierra donde sentirnos hermanos, donde reconocernos y buscar alternativas y soluciones. Sólo entonces podremos rasgar más profundo y hablar de despoblación, de agroecología, cultura, ganadería extensiva, soberanía alimentaria, territorio».

Mónica Di Donato
FUHEM Ecosocial

CRISTIANISMO DE LIBERACIÓN. PERSPECTIVAS MARXISTAS Y ECOSOCIALISTAS

Michael Löwy

El Viejo Topo, Barcelona, 2019

348 págs.

¿Es la religión —como pensaban Marx y Engels— una forma de conciencia reaccionaria, reducto del oscurantismo y conservadurismo? No nos faltarían razones para pensarlo si nos atuviésemos únicamente a las corrientes fundamentalistas presentes en casi todas las religiones. Sin embargo, la emergencia de un cristianismo y unas teologías de la liberación, primero en América Latina, pero también y después en África y Asia, ha abierto un capítulo nuevo en la tarea de reinterpretar el papel de la religión en la formación de una conciencia propicia al cambio político y a la transformación social. Löwy aboga por un nuevo marco de interpretación de la reli-

gión desde el marxismo y la intención de este libro es proporcionarlo.

Para ese propósito, el autor utiliza una sociología de la cultura inspirada en el marxismo que incorpora además categorías analíticas de Max Weber que le permiten examinar los vínculos existentes entre las culturas religiosas y políticas en un contexto de modernización y crítica a la modernidad.

Ante el fenómeno novedoso del cristianismo de liberación no cabe aferrarse a la vieja expresión de que *la religión es el opio del pueblo*. Primero, porque no es verdad o, al menos, no siempre lo ha sido; bastaría con traer a colación las herejías medievales y las revueltas de los campesinos alemanes del siglo XVI. Segundo, porque una lectura cuidadosa del párrafo donde aparece la expresión revela el carácter dual con que Marx contempla el fenómeno religioso; en efecto, en la *Introducción a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel* el autor alemán señalaba: «La angustia religiosa es, a la vez, la expresión de la verdadera angustia y una protesta contra la verdadera angustia. La religión es el gemido de la criatura oprimida, el corazón de un mundo sin corazón, así como el espíritu de un mundo sin espíritu. Es el opio del pueblo». Así, pues, en este texto de 1844, escrito por Marx cuando aún permanecía adherido al neohegelianismo, la religión no aparece como simple adormidera que nubla la conciencia del pueblo; también es consuelo para la criatura oprimida por un mundo gobernado sin corazón. Esta cualidad dialéctica capta la naturaleza contradictoria de un fenómeno que a lo largo de la historia ha sido utilizado tanto para legitimar situaciones de dominación como para expresar la protesta contra ellas. En el caso del cristianismo liberador, como veremos, la religión es una muestra de una forma de consciencia resistente a la modernización capitalista occidental.

Sin embargo, durante demasiado tiempo ha predominado la pereza de quienes les basta con ventilar el asunto en términos de superstición y de falsa conciencia. En el seno de buena parte de la izquierda, a esta pereza intelectual se le

unió la rigidez doctrinal asentada en reduccionismos cientificistas y perspectivas materialistas duras e intransigentes. Estas posturas contrastan, no obstante, con la riqueza y variedad de tratamientos que la religión y su papel en la transformación social han recibido de muchos de los principales autores que siguieron la estela del pensamiento de Marx. A algunos de ellos se les dedica uno o varios capítulos en el libro, como es el caso de Ernest Bloch, José Carlos Mariátegui y, especialmente, Walter Benjamin (presente en toda la obra del autor y protagonista de los capítulos 2, 6, 7 y 8). No en vano a todos ellos se les puede incardinar en la corriente romántica del marxismo.

Llegados aquí, podemos ya enunciar una primera conclusión a partir del libro. El carácter dual del fenómeno religioso muestra insuficiente, que no innecesario, el análisis que se limita a abordar la religión como una de las muchas formas de ideología condicionada por la producción material y las relaciones sociales. Este tipo de análisis, propio de lo que Bloch llamaba «corriente fría del marxismo», requiere completarse con aquella otra “corriente cálida” que es capaz de reconocer tanto el potencial crítico como el excedente utópico presentes en las religiones. Ahí reside la riqueza del libro.

Un libro que se organiza en cinco partes. Las dos primeras abordan los diferentes marcos que la tradición marxista ha utilizado en el análisis del fenómeno religioso. Desde el intento de Marx, ya presente en la *Ideología alemana*, de explicar el origen y la expresión de las formas de conciencia a partir de las condiciones materiales y las relaciones de producción, hasta el cambio del marco teórico que, sin abandonar el marxismo, lleva a rechazar la idea de que la religión es un mero disfraz o “velo espiritual” de las potencialidades revolucionarias. La tercera y cuarta parte ponen el foco de atención –a través del marco interpretativo que el autor ha contribuido a renovar– en lo que tal vez sea el acontecimiento más novedoso que se ha vivido en el campo religioso en las últimas cinco décadas: el surgimiento del cristianismo

de liberación como un vasto movimiento social con relevantes implicaciones políticas. La quinta y última parte del libro muestra las relaciones entre ese movimiento liberador y el ecosocialismo, resaltando especialmente las contribuciones del primero al ciclo de lucha anticapitalista que apremia con el agravamiento de la crisis ecosocial.

Entre las muchas ideas que aparecen en el libro, Löwy presta especial atención a las de Walter Benjamin, quien elabora una asociación entre teología y materialismo para construir sus tesis *Sobre el concepto de la historia*, redactadas en 1940 pocos meses antes de su muerte. De esas tesis se resaltan varios aspectos especialmente oportunos para entender el significado del pensamiento ecosocialista actual y la crítica a la modernización capitalista efectuada por la teología de la liberación.

La crítica de la modernidad y del progreso que efectúa Benjamin es, según Löwy, una crítica utópica-religiosa. Sin duda está inspirada en valores modernos (igualdad, libertad, fraternidad, democracia, emancipación, etc.), pero está impregnada también de una religiosidad profética que la otorga mayor hondura y radicalidad. La crítica moderna a la modernidad –aquella «que vuelve contra la modernidad sus propias armas»– parece no necesitar mayor justificación, pero no así la crítica religiosa que hace Benjamin. ¿Por qué recurrir a ella? ¿Qué aporta a la impugnación de la modernidad y el progreso? Para Benjamin, la religión es una de las principales reservas culturales y simbólicas de resistencia al proyecto moderno occidental. Esta resistencia religiosa ha adoptado históricamente dos versiones antagónicas: la más conocida y preponderante toma la forma del tradicionalismo y el conservadurismo; pero también ha existido otra, aunque minoritaria y marginal, consistente en una crítica radical con inspiración revolucionaria. La crítica utópica-religiosa de Benjamin tiene que ver con esta segunda versión y entronca perfectamente con su propósito de impugnar tan radicalmente como fuera posible la idea de progreso.

Con esa intención presenta Benjamin una de sus tesis como un comentario a la pintura de Paul Klee titulada *Angelus Novus*. Dicho comentario permite leer el progreso desde la mirada de los oprimidos. Ese punto de vista equipara el progreso a la catástrofe. La tarea, según Benjamin, es resistir a la barbarie moderna instalada en el centro del progreso científico y técnico. Pero, ¿cómo resistir el vendaval destructivo del progreso? La respuesta de Benjamin es dual: religiosa y profana. La religiosa tiene que ver con la tarea del *Mesías*: es el mesías el que hace pedazos la historia. El equivalente profano tiene que ver con el papel de la *Revolución*, entendida como el accionar la humanidad que viaja en el tren al tirar de la palanca del freno de emergencia.

Sobre la actualidad de esta tesis no surgen muchas dudas. La historia contemporánea del progreso se ha mostrado pródiga en catástrofes: las dos guerras mundiales y el perfeccionamiento de las técnicas bélicas que condujeron a la destrucción de Europa e Hiroshima; el fascismo y el totalitarismo que desembocaron en Auschwitz y el Gulag, la explotación de la naturaleza que nos ha conducido a la crisis ecológica actual. Para el pensamiento ecosocialista la catástrofe constituye el centro mismo de la modernidad. La reflexión teológica que surge del cristianismo de liberación también critica el mito del progreso y las concepciones conformistas de la historia que omiten el punto de vista de los oprimidos (las mayorías sociales que conforman las clases populares, campesinas, afrodescendientes e indígenas). Cuando se contempla la historia desde los últimos, desde los olvidados, lo que es un hito triunfal para los vencedores se revela como una catástrofe para los vencidos. El progreso convertido en catástrofe.

Hay una tercera idea que comparten Benjamin y la teología de la liberación que se suma a la crítica utópica-religiosa de la modernidad y a la concepción de la historia construida desde la vivencia de los vencidos: la crítica del capitalismo como religión. Hablar de la estructura religiosa del capitalismo no se reduce a resal-

tar –como hizo Weber– que el capitalismo está condicionado por la religión, sino a concebirlo como un fenómeno esencialmente religioso. La naturaleza idolátrica del capitalismo, exigiendo insaciable nuevas ofrendas en el altar del capital, así como el totalitarismo del mercado cuante/ser supremo, han sido eficazmente desveladas por pensadores del cristianismo de liberación como Franz Hinkelammert, Hugo Assman o Enrique Dussel.

Otro aspecto que contempla Löwy a lo largo del libro es el de las relaciones del cristianismo con el socialismo. Cuestión crucial para poder comprender el significado político del cristianismo de liberación, así como la propia práctica revolucionaria en el seno de la tradición socialista, que es además de política también una tradición moral. Muchos pensadores socialistas (como Engels, Kautsky o Rosa Luxemburgo) contemplaron el cristianismo primitivo como precursor del socialismo moderno. Sin embargo, no fueron más allá de la constatación de la existencia de una analogía histórica entre dos movimientos perseguidos por las autoridades de su época que comparten un especial aprecio por lo común y ciertos ideales de igualdad en comunidad. Pero Löwy resalta otros autores que descubren mayor afinidad entre ambos movimientos fuera ya de cualquier posible analogía. Es el caso de Lucien Goldman, quien compara la fe religiosa con la del militante marxista, concluyendo que en ambos casos se parte de una creencia básica ajena a un juicio fáctico (no demostrable) y se hace una apuesta que conlleva el riesgo de equivocarse, pero también la esperanza del éxito. La hipótesis que defiende es que hay una matriz común en las creencias políticas y religiosas.

No obstante, quien defenderá con mayor ahínco esta afinidad sustancial entre ambas tradiciones será José Carlos Mariátegui. Se nota el particular aprecio de Löwy por este pensador heterodoxo. No es extraño, pues comparte Löwy con el autor peruano la fascinación por el surrealismo en cuanto movimiento engarzado en la corriente romántico-revolucionaria que

busca re-encantar el mundo frente al desencantamiento que padece bajo la mirada moderna de Occidente. Para Mariátegui, la fuerza del revolucionario no se encuentra en la teoría ni en la ciencia con la que interpreta el mundo, sino en su fe, en su pasión y voluntad, que no son sino emociones religiosas, es decir, impulsos de naturaleza mística y espiritual. Aunque con la mención a estos autores se ofrece ya suficiente riqueza, sorprende que en este tema de la afinidad entre la religión y la práctica socialista Löwy apenas mencione la experiencia y el significado de uno de los colectivos más originales y fructíferos dentro del cristianismo de liberación, el movimiento de cristianos por el socialismo, máxime cuando representa el ejemplo más radical de afinidad no sólo práctica sino también normativa entre ambas tradiciones.

Desde este marco interpretativo, Löwy dedica la parte tercera y cuarta del libro (capítulos 10 al 18) al cristianismo de liberación latinoamericano y a su dimensión sociopolítica. Sin duda, hay aproximaciones mucho más valiosas y exhaustivas, pero la aportación de Löwy es original, al menos, en dos aspectos: primero, al interpretar el movimiento de liberación cristiano como romántico-revolucionario; segundo, al definir las áreas de afinidad que tiene con el movimiento socialista. Son dos contribuciones de interés que merecen un breve comentario.

Desde una óptica sociológica, que es la que adopta el autor, el cristianismo de liberación se puede ver como un amplio movimiento social de masas cuya expresión intelectual es la teología de la liberación. Surge en un contexto histórico y social determinado, le atraviesan múltiples influencias y se organiza y articula de maneras muy diversas. Al igual que otros movimientos socioculturales contemporáneos (entre los que cabría destacar el ecologismo social), el cristianismo de liberación tiene una vena romántica que trasluce el malestar ante la sociedad moderna y expresa la protesta frente a un capitalismo depredador que socava la comunidad y los valores que la caracterizan. En consecuencia, es romántico, pero no en un sentido retró-

grado, sino revolucionario; no pretende la restauración imposible de un pasado premoderno, sino que propone un desvío que saliendo del pasado conduzca al futuro. La otra aportación, como decíamos, tiene que ver con las áreas de afinidad entre el cristianismo de liberación y el socialismo. Ambas son tradiciones emancipadoras que critican al capitalismo, ven a los pobres como víctimas, alertan del individualismo y aprecian la comunidad, comparten valores universalistas y alimentan la esperanza.

No es mal planteamiento para indagar en lo que puede ofrecer este movimiento liberador en los tiempos de la crisis ecosocial global. La última parte del libro encara esta cuestión a través de la relación entre el cristianismo de liberación y el ecosocialismo. Algunos de los textos que ahí aparecen fueron publicados previamente en esta revista y muestran que cuando se dan analogías, afinidades y correspondencias entre diversas tradiciones, tarda poco en producirse en un plano práctico convergencias, articulaciones e incluso fusiones. En épocas románticas, o de grandes fracturas y crisis del orden establecido como la nuestra, esos diálogos y trasvases resultan tan apremiantes como necesarios.

Santiago Álvarez Cantalapiedra
Director de FUHEM Ecosocial

ECOANIMAL. UNA ESTÉTICA PLURISENSORIAL, ECOLOGISTA Y ANIMALISTA

Marta Tafalla

Plaza y Valdés Editores, Madrid, 2019

362 págs.

Ecoanimal, de Marta Tafalla, es un libro imprescindible que nos abrirá no sólo los ojos, sino todos los sentidos, para conectar con la naturaleza, apreciar su belleza y, así, cuidarla. Se

compone de nueve capítulos que nos van adentrando en la estética plurisensorial, ecologista y animalista que subtitula la obra.

Sus páginas nos invitan a abandonar el antropocentrismo con el que nos relacionamos con la naturaleza, y comprender que somos seres ecodependientes, animales que comparten la Tierra con más animales no humanos y con ecosistemas completos.

Su planteamiento parte, además, de una perspectiva ecofeminista, entendiendo que la lógica de dominación y jerarquía que subyace a la explotación de la naturaleza y los animales no humanos es la misma que la explotación de los pueblos indígenas y de las mujeres. Todos estos ejes de dominación están basados en el pensamiento dualista: humano/animal, civilizado/salvaje, hombre/mujer, racionalidad/naturaleza, cuerpo/alma... Basándose en esta misma lógica jerárquica y dicotómica cuestiona la asociación de los sentidos de la vista y del oído como lo intelectual-racional y, por tanto, considerados como más valiosos que el resto de sentidos.

Siguiendo esta línea argumental, Tafalla pone de relieve la multitud de sentidos con los que percibimos el mundo. Lejos de la clasificación simplista que estudiamos en el colegio, según la cual tenemos cinco sentidos, la autora expone una relación de al menos catorce, que incluyen el olfato ortonasal y retrornasal, el equilibrio, la propiocepción, la cronocepción, entre otros. Además, desde su realidad como anósmica (carece del sentido del olfato), la autora pone en valor el olfato como una vía fundamental en nuestra interacción con el mundo que nos rodea, en las experiencias vitales, los recuerdos, y en la apreciación estética de la naturaleza. En definitiva, desde la estética plurisensorial, tomar conciencia de todos nuestros sentidos y de su importancia favorece que nos abramos a percibir la naturaleza y el resto de seres con los que compartimos el planeta desde la apreciación estética que nos permite disfrutar de todo ello.

A lo largo del libro la autora señala algunas ideas para apreciar la naturaleza desde esta

perspectiva. Nos invita a silenciar nuestra identidad humana para escuchar y apreciar a la naturaleza en toda profundidad, haciendo una crítica al antropocentrismo con el que nos aproximamos a ésta y del que hacemos gala cuando analizamos las conductas de otros animales no humanos. Es necesario que abandonemos la idea de que la naturaleza está ahí para servirnos, los elementos naturales no han sido creados por nosotros ni para nosotros, no están para que los explotemos y obtengamos beneficio de ellos. Sin embargo, sí podemos aproximarnos a ellos, a la naturaleza, desde la apreciación estética, apoyándonos en el conocimiento científico del que disponemos. La biología, la ecología, la geología, etc. nos permiten apreciarla y entenderla de manera profunda.

Intentamos controlar la naturaleza, domesticarla, apropiarnos de ella y, sin embargo, ella encuentra la manera de liberarse y recuperar su espontaneidad. Por ejemplo, la autora nos recuerda que las ciudades están hechas a nuestra medida, pero la vida salvaje reclama su lugar en ellas: plantas que crecen bajo el asfalto, animales que utilizan a su modo los recursos disponibles en las ciudades, ríos desviados para construir en sus orillas que vuelven a su cauce cuando aumenta su caudal por las intensas lluvias, etc. La naturaleza está presente, reclamando su espacio, y podemos aprender a apreciarla en nuestras propias ciudades observando, por ejemplo, las distintas especies de pájaros que comparten el espacio con nosotras y nosotros, las plantas que crecen sin mediación humana, los insectos que encuentran espacios en los que vivir sus vidas. Tafalla presenta el *land art* o los jardines como espacios donde pueden unirse el arte y la naturaleza de una forma respetuosa con esta última, donde poder apreciar todas esas cualidades estéticas que nos acerquen a ella.

Las vidas de los animales no humanos, al igual que los recursos naturales, también han sido instrumentalizadas, y la apreciación estética que hacemos de ellos es muy superficial. Los reducimos a simples objetos ornamentales, a

servir de metáforas despojándoles de su verdadera identidad, los utilizamos para trabajar al servicio de las personas pero “agradeciéndoles por su servicio” (o, más bien, su explotación), o los exhibimos en zoos o circos para, supuestamente, apreciar su belleza pero eliminando su agencialidad, su naturaleza libre, su propia vida para ponerla al servicio humano. Esto último es lo que la autora denomina “paradoja estética”, según la cual los seres humanos encuentran placentero contemplar a un animal a pesar de que sus condiciones de exhibición le causen daño. Los seres humanos desterramos a los animales de sus hábitats naturales, les obligamos a permanecer en entornos hostiles, les forzamos a huir de los lugares que ocupamos y les culpamos y despreciamos en sus intentos de recuperar sus espacios. Muchas personas son capaces de afirmar que aman a los animales mientras defienden o participan de su explotación visitando zoos y espectáculos, se alimentan de ellos, se visten con sus pieles o decoran sus casas con sus cuerpos. Si entendiéramos que cada animal es en sí mismo un sujeto propio, un individuo particular y único, un ser con una vida propia, que se relaciona con el mundo de una determinada forma, con un cuerpo, unos sentidos, unos deseos y una identidad concreta y, en definitiva, con su propia historia igual que cada uno de nosotros y nosotras, probablemente no les someteríamos a la explotación a la que les sometemos actualmente, no los usaríamos como fuerza de trabajo, ni permitiríamos la existencia de la industria ganadera, ni nos comeríamos sus cuerpos, su leche o sus huevos. Apreciar la naturaleza y las vidas de los otros animales no significa apreciar lo que nos pueden aportar a nosotros y nosotras como humanas, sino que implica abandonar la perspectiva antropocéntrica para admirar cada una de esas vidas que también merecen ser vividas. Hemos tardado siglos en intentar entender estas vidas, en entender a esos sujetos con identidad propia, no les hemos visto como seres inteligentes, con emociones y deseos, sino simplemente como recursos a los que explotar, como objetos de los

que podemos hacer uso para nuestro propio beneficio, para satisfacer nuestras necesidades, sin comprender que no están en la Tierra para eso, sino que están aquí para vivir sus vidas, igual que las personas.

Poco a poco, debido a la crisis climática que estamos provocando, están desapareciendo cada día cientos de especies de fauna y flora que dejaremos de recordar y de poder apreciar. Desde la estética plurisensorial, animalista y ecologista, la autora nos invita a apreciar todas esas vidas, todas esas especies de fauna y flora para frenar su desaparición, para cuidarlas, y para no olvidar las que ya han desaparecido. La única forma de conservar y cuidar las vidas de todos esos animales no humanos y plantas es conservando sus ecosistemas, poniendo en práctica la estética ecoanimal.

Mara Nieto González
FUHEM Educación